

## Puentes que recuerdan donde vivimos

Por **MARIA GLEZ OLMO**

Retrocedo a tu puente con vistas al río, y suicido la parte de mi que me lacera, tres postales y dos cartas, intentando encajar que no es tanto lo que me duele sino lo que pierdo.

Por eso elijo esto, porque me hace falta fantasear con la idea de sucumbir a un destino que he provocado con la (in)sensatez de los proyectos que deseo, sin que nadie me tenga que decir que mi elección es la correcta. Lo asumo y entonces:

Me detengo en tu puente, justamente antes de que veas una silueta que se acerca. Cuando esta a mi (tu) lado, observo que es alguien al que conocí una noche a los veintitantos. Intento sonreír sin parecer falsa, pero una mueca me delata y él me mira como si nada, como si fuese transparente o una parte más de la marquesina donde estaba apoyada.

Se me ocurre perseguirlo, total, puede ser que me haya convertido en fantasma. Voy detrás de una silueta pegada a una correa, pegada a un perro (mezcla de salchicha con hosh popis). En su momento, cuando lo conocí, una mitad de antipatía y una cuarta parte de admiración hacía que lo confundiese con el hombre de mis sueños, como si alguna vez hubiese tenido uno de una pieza, como si nunca hubiese tenido que hacer un **patchwork** con varios para construir una especie de frankenstein. Y no es casualidad que entonces y ahora yo fuese invisible para él, al igual que tampoco fue casualidad que me decidiera a perseguirlo por pura curiosidad, por desidia. Cruzó el puente en dirección calle Arjona, continuó por Reyes Católicos y se sentó en el velador del Café de Indias, donde vi como se tomaba una cola-light mientras de vez en cuando acariciaba a su perro y miraba a la gente pasar.

Yo me detuve en la acera de enfrente, justo en el Burger King. Tuve la tentación de cruzar y esconderme en el kiosko que hay delante del café, pero me di cuenta enseguida que me pusiese donde me pusiese el nunca me vería. Crucé.

Pase más de un cuarto de hora de pie espiando todos los movimientos de D., ninguno aclaraba nada sobre su vida, podría incluso haberse convertido en X, o en P, o en J, que era lo menos extraño a estas alturas. Cuando empezó a entumecerse mi pie derecho, conseguí meterme en la cabeza que aunque me sentase en su mesa seguiría siendo una invisible, así que porque no probar. Y efectivamente tuve la razón de mi parte.

El camarero se acercó a preguntar que quería beber, pedí un té helado para combatir el calor que sentía, porque a pesar de ser veinticuatro de junio en Sevilla en mi interior bullía un nerviosismo que aumentaba la temperatura real. D. ni se inmutó, verdaderamente pertenecía a otra dimensión que la mía, sin embargo su perro se acercó para olisquearme y pronto comenzamos a hacernos amigos. Me miró con aquellos ojos amarillos y contrajo el hocico, lamió mi mano como si degustase un rico manjar, y ladró dándome una sinfónica bienvenida.

Cuando el camarero volvió con mi té helado, D. aprovechó para pedir la cuenta, y tiró de la cadena de su perro para acercarlo y acariciarlo. Sus grandes manos nudosas. Y ya no hubo vuelta atrás, me imaginaba sus manos cubriendo mi cuerpo en caricias aisladas, temblé de excitación y concentración, no vi más.

Cuando abrí los ojos después del éxtasis D. se había marchado, dejando una propina para el camarero que yo aproveché para pagar el té.

De camino al puente Triana veo un atardecer tibio y rosado, la luna empieza a elevarse y los espíritus hacen su viaje de ida y vuelta, saltando a través de las hogueras, columpiando su antimateria en saltos acompasados, certeros, explosivos.

Continuo mi camino, me han invitado a una fiesta de San Juan y aunque no tengo ganas voy solo para provocar al destino. Cruzo el puente y cojo dirección calle Castilla, la recorro hasta llegar a la plaza del cachorro.

Me meto en el bar la sonanta y pido un café para llevar, voy a la calle Alfarería, a un ático al topicazo de las fiestas. Allí me engulle una masa de gentes desconocidas, se mezclan los idiomas a ritmo de ron-cola, al fondo diviso a mi amiga que ha venido con su novio del que está harta, lo azuza a un grupo de guiris a que practique inglés.

Le cuento el encuentro con D. y como sigue sin verme, es increíble que a pesar de los años que han pasado haya cosas que nunca cambian, ella sonríe incrédula y me aparta hacía la barandilla del ático para contarme un secreto. Me dice que va a dejar a su novio, no soporta ya tanta ñoñería, en palabras textuales. Tiene un amante, un baterista venido a menos, pero apasionado y artista de los que a ella le gusta. Lo conoce desde hace tiempo, pero nunca se habían liado por prudencia, porque había una tercera persona (que no era su novio), a la que probablemente le haría daño. Tenía que confesármelo, no podía ni quería mantenerlo más en secreto, su amante era D.

Le agradecí a mi amiga la confesión, mientras el café me descomponía el cuerpo. Me fui a la francesa, sin querer ser interceptada por los organizadores de la fiesta.

Ya en la calle deshice mis pasos en dirección al puente inicial de esta historia, desde allí volví a acordarme de que fue lo que me hizo iniciar aquel aquelarre, aquel exorcismo del fetichismo que me corrompía. Me serené pensando en las vueltas que da la vida aunque continúes viviendo en una misma ciudad, y como sigue doliendo de igual forma algunas de las cosas que creíamos sanadas.

Miré desde el puente la luna bien alta ya, la silueta que se acercaba desvió a mis pensamientos, creí reconocerlo a pesar de las canas, pasó también sin verme, mirando por encima de mi notable transparencia, no llevaba correa, ni perro.

Lo perseguí hasta que se hizo recuerdo.